



La historiografía académica en la España del siglo XIX¹

Ignacio Peiró Martín
Universidad de Zaragoza

Les espagnols ont écrit peu de mémoires; la grandeur et l'éclat de l'histoire nationale ont absorbé les prétentions individuelles (...). Une fierté silencieuse enveloppe leur vie et leur mort

Philarète Chasles².

¿Qué fue la historia en el siglo XIX?. De entrada la pregunta puede parecer extraña, porque la imagen de los escritos de aquellos que reconocemos como historiadores se presenta muy clara a cualquiera que tenga alguna familiaridad con el mundo histórico del Ochocientos. Pero si alguno de nosotros trata de juntar todo lo que sabe sobre la historiografía de la pasada centuria, esa imagen asume enseguida contornos segmentados y complejos, engloba elementos difíciles de reunir, y cuantas más noticias bio-bibliográficas conseguimos recordar, más sentimos que se nos escapan otros necesarios para solidificar en una explicación convincente todas las facetas de su desarrollo. Perdidos en el tiempo y olvidados por la memoria, estos cientos de autores y sus miles de obras que parecen estar ahí para ser recuperados desde la comodidad que suponen las celebra-

¹ Texto elaborado sobre las notas del seminario «La historia en la sociedad española del siglo XIX», impartido en el Departamento de Historia de la Universidad de Navarra, el viernes 21 de marzo de 1997 y la revisión del artículo «Los académicos de la Historia o la imagen ideal del historiador decimonónico», en *Studia. Geografía. Historia. Arte. Filosofía*, 4, 1992, pp. 83-104.

² Philarète CHASLES, *Études sur l'Espagne et sur les influences de la Littérature Espagnole en France et en Italie*, París, Amyot, s/f., p. 233. Cf., por Anna CABALLÉ, *Narcisos de tinta. Ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*, Málaga, Megazul, 1995, p. 132.

ciones centenarias y los homenajes, son en realidad los actores —junto a los diferentes públicos que les leyeron, escucharon o discutieron— de un proceso cuyo trans fondo apenas ha comenzado a investigarse: el nacimiento y consolidación de la historiografía liberal española.

Por distintas razones, la condición indigente de nuestras letras históricas, ha perpetuado entre los historiadores contemporáneos una especie de supersticioso rechazo de la tradición, una distraída lectura de atenciones parciales hacia un pasado historiográfico que apenas interesa³. De hecho, sólo unos pocos y muy recientes trabajos se han preocupado por el estudio histórico de ese complejo hecho de cultura que denominamos «historiografía nacional». Concepto que, si bien deberíamos rastrearlo a lo largo del siglo XVIII, pues los hombres de ese siglo resultaron ser los primeros poseedores de una conciencia histórica del pasado historiográfico —y/o literario—, lo cierto es que, saltando los años de la difícil coyuntura del tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal, fue en la década de los cuarenta del XIX cuando, al igual que en otros países europeos, comenzó a llenarse de contenidos en España. No en vano, fue a partir de entonces cuando el Estado y sus élites se hicieron historiadores. Conviviendo con la fortísima inercia de una tradición neor aristotélica —transmitida por el sistema educativo— y el ideal ilustrado de una historia útil y patriótica, la historia se convirtió en disciplina y dio el paso de la erudición a la ciencia en el marco de un jerarquizado sistema de instituciones académicas creadas para la investigación *ilustrada y metódica* del pasado de la nación española. Y fue también durante estos años cuando la historia nació como *asignatura*, es decir, como componente de la socialización y la identificación nacional del futuro ciudadano⁴.

Período de formación de la historiografía española que concluyó en las primeras décadas del siglo XX, con la aparición de la *profesionalización historiográfica* y la configuración de la profesión de historiador, después de haber estudiado el marco institucional y la fuerza cultural del academicismo en la España del diecinueve, después de haber descubierto el medio y la formación social

³ Alguna de estas razones las expuse en «La historia de la historiografía en España: una literatura sin objeto», *Ayer*, 26, 1997, pp. 129-137.

⁴ Vid. Raimundo CUESTA FERNÁNDEZ, *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 1997 y Carolyn P. BOYD, *Historia Patria: politics, history and national identity in Spain, 1875-1975*, New Jersey, Princeton University Press, 1997.

del reclutamiento de los académicos⁵, la finalidad de este artículo se dirige a establecer cómo el protagonismo en la vida cultural de estos escritores se sustentó en la *construcción de una imagen ideal de historiador*. Una *invención del imaginario académico* o, por utilizar un término de moda, una *invención de la tradición* lo suficientemente fuerte como para convencer a los eruditos e historiadores aficionados de su forma de hacer y entender la historia. Pero no sólo eso. En una etapa donde, más que en ninguna otra de la historiografía contemporánea, *memoria oficial* y *memoria erudita* estuvieron estrechamente imbricadas, los académicos madrileños y, por extensión, los de las diferentes regiones del Estado conectados entre sí por una tupida red de relaciones personales e institucionales, que abarcaban desde las Sociedades de Bibliófilos y las Comisiones de Monumentos Provinciales hasta las Academias de Buenas Letras de Barcelona o Sevilla—, crearon un espacio *ideal* de cultura. Un *lugar de la memoria*⁶ y un *imaginario académico* que, otorgando legitimidad científica a la práctica historiográfica de las élites, sirviera de marco y representación para imponer una concepción unitaria de la nación e informar la *memoria colectiva*⁷, en su intento de modelar la conciencia histórica de los españoles⁸.

⁵ Vid. mis trabajos *Los guardianes de la historia... La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 1995 y «Los historiadores oficiales de la Restauración», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 193, 1996, pp. 13-72. En adelante el *Boletín de la Academia* lo citaré como *B.R.A.H.*

⁶ Vid. Pierre NORA (ed.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1986.

⁷ Ideas interesantes sobre las relaciones entre *memoria oficial, erudita y colectiva* en Régine Robin, «Literatura y biografía», en *Historia y Fuente Oral*, 1, 1989, pp. 69-85.

⁸ Vid. José María JOVER ZAMORA, «Restauración y conciencia histórica», en VV.AA., *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, pp. 331-363; completado con el artículo del mismo autor, «El pensamiento canovista y los manuales escolares de Historia en la época de la Restauración», en *Cánovas del Castillo y su tiempo. Ciclo de conferencias pronunciadas en la Fundación Ramón Areces, Madrid, marzo 1997*, Madrid, Real Academia de la Historia - Fundación Ramón Areces, 1997, pp. 87-130; también el estudio de Gonzalo PASAMAR ALZURIA, «La configuración de la imagen de la «Decadencia Española» en los siglos XIX y XX (de la «historia filosófica» a la historiografía profesional)», en *Manuscrits*, 11, enero 1993, pp. 183-214.

1. *La Real Academia de la Historia: «Areópago ilustre de los favoritos de Clío».*

Martín Fernández de Navarrete contaba setenta y dos años cuando decidió encargar al pintor Vicente López un retrato. Orgullosa de su individualidad, al veterano director de la Real Academia de la Historia, no le importaba tanto trasladar al lienzo su presencia física como señalar a sus descendientes la categoría social, su carrera y los altos logros adquiridos. Después de todo, esta inversión en capital simbólico y el acto de legar en testamento el cuadro a su primogénito, con la voluntad de ser colocado «en la casa principal y nativa, como una obra clásica de pintura entre los retratos de los demás individuos de la familia»⁹, debemos considerarla como un ejemplo significativo de los criterios diferenciadores que comenzaban a cobrar cada vez más importancia entre quienes, habiendo nacido hijos del siglo ilustrado, el XIX los erigió en representantes de una emergente oligarquía, satisfecha y cultivada. Ciertamente, frente a la necesidad, casi exclusiva, de los reyes y grandes señores de épocas anteriores de hacerse retratar, la sociedad decimonónica amplió su espectro de personajes públicos¹⁰. Del espacio de la cultura, de las finanzas y de los estratos más elevados del funcionariado y las profesiones liberales, una nueva galería de retratos, de hombres de talento y fortuna sin título, surgió como un elemento más de representación socio-cultural. Más allá del Parlamento, de los salones nobiliarios, las academias, liceos,

⁹ Testamento de Martín Fernández de Navarrete, Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, 25680, fol. 1674v. Cf. por Nigel GLENDINNING, *Goya. La década de los Caprichos. Retratos 1792-1804*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1992, p. 115. Sobre el concepto de capital simbólico vid. Antonio FERNÁNDEZ y Angel BAHAMONDE, «La sociedad madrileña en el siglo XIX», en A. FERNÁNDEZ GARCÍA (dir.), *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993, p. 493.

¹⁰ Para una primera aproximación a los retratos del pasado y su utilización por los historiadores, vid. Francis HASKELL, *La historia y sus imágenes. El arte y la interpretación del pasado*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 25-75. Las diversas modalidades de la pintura de retratos burgueses y la fotografía en J. F. RAFOLS, *El arte romántico en España*, Barcelona, Editorial Juventud, 1954, pp. 105-124, Lee FONTANELLA, *La historia de la fotografía en España, desde sus orígenes hasta 1900*, Madrid, El Viso, 1981, pp. 159-214, Galiene y Pierre FRANCASTEL, *El retrato*, Madrid, Cátedra, 1988², pp. 200-212 y Elisabeth Anne M.C. CAULEY, *Likenesses: Portrait photography in Europe, 1850-1870*, Albuquerque, University of New México, 1981.

ateneos o cafés, donde la fuerza de la palabra se mantenía como principal fuente de prestigio e instrumento de promoción social, las fisonomías de los escritores famosos se difundieron entre el público lector de las clases medias¹¹. Los contemporáneos de Fernández de Navarrete y la posteridad recordarían su persona por el grabado que encabezaba la biografía escrita por Fermín Gonzalo Morón, el busto y la copia de su retrato encargado por la academia que él había presidido¹². Años más tarde, cuando la revolución fotográfica y el desarrollo de la prensa ilustrada habían democratizado las imágenes de los hombres, cuando el hacerse retratar por artistas de renombre era una práctica común de las familias burguesas, el retrato oficial, se elevó a la categoría de monumento nacional, un elemento más de aquel espacio artístico nacionalizado que, desde la década de los noventa, pretendía representar los logros político-culturales del Estado de la Restauración¹³. En la junta del 10 de diciembre de 1897, la Real Academia de la Historia acordó que el retrato del recientemente asesinado Antonio Cánovas figurase entre los que se encuentran en el Salón de Sesiones¹⁴.

¹¹ Vid. Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la Historia...*, pp. 14-23. Sobre las *sociedades de hablar* y los salones, vid. Jesús A. MARTÍNEZ MARTÍN en su artículo «La cultura nobiliaria: sociabilidad cultural y lectura de la nobleza en la España del siglo XIX», *Historia Contemporánea*, 13-14, 1996, pp. 270-271.

¹² Martín Fernández de Navarrete fue director de la R.A.H. desde el 25 de noviembre de 1825 hasta su fallecimiento, vid. Vicente CASTAÑEDA, «Real Academia de la Historia», en *B.R.A.H.*, 116, abril-junio, 1930, p. 538. El discípulo de Mengs, Vicente López lo pintó en 1837, la biografía de F. Gonzalo Morón se publicó en la *Galería de españoles célebres contemporáneos* en 1841 y la Academia solicitó permiso a sus hijos para que Valentín Carderera copiara el retrato de Vicente López, vid. Carlos SECO SERRANO, «Martín Fernández de Navarrete y su Colección de los viajes y descubrimientos», en *Obras de D. Martín Fernández de Navarrete*, Edición y estudio preliminar de D.—, Madrid, Ediciones Atlas (B.A.E., 75), 1954, pp. XIV y XLII y Marqués de SIETE IGLESIAS, «Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo», en *B.R.A.H.*, 175, enero-abril, 1978, pp. 79-81.

¹³ Sobre el concepto de espacio artístico nacional vid. I. PEIRÓ, *Los guardianes de la historia...*, 1995, pp. 160-161.

¹⁴ El acta de la decisión, así como la donación realizada por la viuda del que le realizó José Casado del Alisal «que es, sin duda alguna uno de los mejores», están recogidos por el Marqués de SIETE IGLESIAS, «Cánovas del

Entre la muerte de Martín Fernández de Navarrete y Antonio Cánovas del Castillo, habían transcurrido cincuenta y tres años; en ese período, bajo el influjo dominante de una política conservadora, los académicos de la Historia dejaron de ser aquel conjunto de individuos, algunos nobles y los más «proletariado de levita»¹⁵ de las primeras décadas del moderantismo, para convertirse en los privilegiados protagonistas de la actividad intelectual madrileña, los representantes de la nueva *aristocracia cultural* del Estado y los sabios guardianes de la única y verdadera *historia oficial nacional*. Portavoces del *espíritu del siglo*, estas decenas de numerarios aportaron su prestigio y actividad intelectual a un centro que, por ser oficial, disponía, además y entre otras ventajas, de una organización corporativa, de encargos políticos realizados por los gobiernos, de los fondos públicos para editar obras y de una red de establecimientos estatales para distribuirlos entre un público de eruditos que, reducido en número y repartido por la geografía nacional, se mostraba muy receptivo a las «serias» novedades académicas. Es en éste y en ningún otro sentido, como debemos entender la condición de los académicos y la función de una Real Academia, situada en la cima de las instituciones productoras de la cultura histórica nacional durante la segunda mitad del siglo XIX.

En realidad, esta posición de supremacía respecto a las otras formas de hacer la historia existentes, se vio favorecida por las múltiples deficiencias que marcaron el proceso de institucionalización de la historiografía liberal española decimonónica. Con unas cátedras universitarias de *Historia* con escaso poder científico y unos grupos de escritores cuyas disidencias apenas les llevaba a presentar alternativas e innovaciones, el control del *mercado de la historia* quedó en manos de la Academia¹⁶. Después de todo, en el

Castillo, académico y director de la Real Academia de la Historia», *B.R.A.H.*, 177, 1975, pp. 135-136.

¹⁵ Así los denominaría Juan Valera a aquellos literatos, únicos representantes, según él, de la clase media que «peleaba por conseguir el reparto y el góce del presupuesto» Modesto LAFUENTE, *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, por Don —, continuada desde dicha época hasta nuestros días por Don Juan Valera de la Real Academia Española, con la colaboración de Don Andrés Borrego y don Antonio Pirala, Barcelona, Montaner y Simon, editores, 1882, t. VI, p. 458.

¹⁶ El concepto de *mercado de la historia* en Olivier DUMOULIN, «Changer l'histoire. Marché universitaire et innovation intellectuelle a l'époque de Marc Bloch», en H. ATSMAS et A. BURGUIÈRE (comps.), *Marc*

campo de la edición, los académicos electos, correspondientes y futuros numerarios no sólo aparecían en las listas de autores más publicados por las editoriales privadas y sus firmas encabezaban, en calidad de fundadores, directores o redactores, los más importantes periódicos y revistas de cultura general del período; sus nombres también, figuraron al frente de las principales obras y empresas colectivas que extendieron los dominios, llenaron de contenidos y definieron la historia como un espacio científico autónomo, separado de las Bellas Letras. Y todo ello a partir de la línea divisoria que establecería la fundación, en 1877, del *Boletín de la Real Academia de la Historia*.

En efecto, si bien con anterioridad la Academia había contado con el *Memorial Histórico Español*¹⁷ y los hombres de una institución y un Cuerpo estrechamente vinculados a la de la Historia, como eran la Escuela Superior de Diplomática y el Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, sacaron a la luz la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1871-1877) y el *Museo Español de Antigüedades* (1872-1880)¹⁸; la aparición del *Boletín* corporativo, al tiempo que un factor determinante en la consolidación institucional del academicismo, resultó un instrumento decisivo para divulgar el conocimiento de las llamadas ciencias auxiliares de la historia general en la cada vez más amplia audiencia de lectores eruditos. Convertido bajo la dirección de Fidel Fita (1883-

Bloch aujourd'hui. Histoire comparé & Sciences Sociales, Paris, Editions de l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1990, p. 88 y Guy THUILLIER y Jean TULARD, *Le marché de l'histoire*, Paris, P.U.F., 1994.

¹⁷ *Memorial Histórico Español. Colección de Documentos, Opúsculos y Antigüedades*, Madrid, Imp. de la R.A.H. á cargo de José Rodríguez, 1851-1865, 19 vols. La segunda época comprende desde 1878 a 1915, iniciándose una tercera época a partir de 1948. Esta publicación periódica, dirigida por Pascual Gayangos, pretendía cumplir con uno de los objetivos fundamentales del centro, el de «reunir materiales». Un análisis de la primera época en Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la historia...*, pp. 99-100.

¹⁸ Sobre estas primeras revistas eruditas con pretensiones científicas españolas, vid. Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la historia...*, p. 52 y mi libro realizado en colaboración con Gonzalo PASAMAR, *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD, 1996, pp. 175-193. El *Boletín* de la Academia y la *Revista de Archivos*, junto a la *Revista Histórica*, fundada en 1874 en Barcelona por Salvador Sanpere y Miquel (continuada entre 1880 y 1887, con la *Revista de Ciencias Históricas*) fueron las más importantes publicaciones de erudición histórica de la década de los setenta.

1918) y el trabajo constante de un pequeño núcleo de numerarios, en el órgano de expresión por excelencia de quienes creían que la historia debía hacerse con crítica y documentos¹⁹, su ejemplo fue seguido e imitado por toda una pléyade de revistas que comenzaron a surgir en las diversas capitales de provincia. En ellas, la colaboración regular de los académicos de la Historia, especialmente de los nacidos en la región, fue una característica común y una garantía de su éxito²⁰.

Por descontado, el poner de manifiesto el impacto del *Boletín de la Real Academia de la Historia* en la historiografía del período no debe llevarnos a olvidar y, en ningún caso, infravalorar los otros medios de expresión pública que la Academia disponía para dar a conocer sus actividades y orientaciones. Así, al lado de las tradicionales *Memorias* y posteriores Anuarios donde se daba información general de la vida interna de la institución, de los premios o certámenes convocados y del movimiento de numerarios y correspondientes, resulta difícil negar la amplia resonancia pública alcanzada por los *Discursos de ingreso*. Voceados por las gacetas y revistas como «una verdadera fiesta literaria» en la que se daban cita «todo lo más notable en letras y política, todo lo más distinguido, así de los que ya tienen representación formada, como de los que están conquistándose en la actualidad con sus trabajos un puesto sobresaliente, han acudido a la solemnidad en que desempeñaba el primer papel uno de nuestros jóvenes más brillantes y de más seguro porvenir»²¹; mientras para los asiduos lectores de novedades académicas, el discurso de ingreso de cada nuevo numerario suponía un punto de referencia, un indicador preciso de los rumbos temáticos consagrados por la alta historiografía oficial y divulgados en

¹⁹ Un análisis del B.R.A.H. en sus primeros veinticinco años en Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la historia...*, pp. 97-133.

²⁰ Vid. las referencias que aparecen en mis trabajos *El mundo erudito de Gabriel Llabrés y Quintana*, Palma, Ayuntamiento de Palma, 1992, pp. 21-24 y «La Revista de Huesca (1903-1905): una aventura erudita para la regeneración de la historia nacional», Prólogo a la edición facsimilar de la *Revista de Huesca (1903-1905)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses - Diputación de Huesca, 1994, p. XXII.

²¹ «La recepción en la Real Academia de la Historia del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo», *La Correspondencia de España*, 20-V-1860, Cf. por el marqués de SIETE IGLESIAS, «Cánovas del Castillo, académico y director de la Real Academia de la Historia», *B.R.A.H.*, 177, 1975, pp.123-124.



los artículos del *Boletín académico*²², para los académicos significaron, junto a las necrologías aparecidas en la revista, la demostración incontestable de que una vez elegidos por el «Areópago ilustre de los favoritos de Clío»²³, un académico es un académico. Metáfora y tautología sobre las que se construyó la *imagen ideal del historiador decimonónico*.

2. La nueva República de las Letras o el sueño igualitario del historiador académico.

Durante medio siglo, varias generaciones de académicos entrelazadas consiguieron crear un sistema de poder cimentado, ciertamente, en la supremacía socio-cultural de la Academia pero unido merced a su capacidad para generar valores corporativos y señas de identidad colectivas, en el grupo de burgueses cultivados aficionados a los estudios históricos. Que su propósito pudo lograrse queda claro cuando conocemos el papel institucional desempeñado por la de la Historia en el período inicial de formación de la historiografía liberal española. Que se realizó de una manera paulatina también lo queda al observar cómo fueron utilizados los instrumentos de difusión académicos para definir la función de la Academia y de los académicos que la componían. Y es que, en la historia de la Academia, las trayectorias personales de sus individuos estuvieron marcadas por la superación de tres controles específicos; uno real, la elección como numerario, y dos simbólicos, la lectura del discurso de ingreso y la necrología realizada por sus compañeros. Estos dos últimos, tenían un significado muy concreto: ratificar el triunfo de la corporación al elegir a sus miembros, consagrando, en última instancia, no sólo una carrera individual, sino también la norma implícita de que la Academia no se equivocaba nunca.

Escritos en un lenguaje retórico, repleto de metáforas y lýtotes, los textos se rigieron por un principio incontrovertible: todos los numerarios y, mucho más los difuntos, son o fueron buenos académicos. Sin embargo, entre estos dos tipos de hagiografías civiles

²² Un análisis de la función, el contenido de los discursos de ingreso y algunas notas sobre su aceptación pública en Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la historia...*, pp. 91-97.

²³ La expresión se debe al conde de CEDILLO (Jerónimo López de Ayala), en «Toledo en el siglo XVI, después del vencimiento de las comunidades», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Ilmo. Sr. D.---, el día 23 de junio de 1901*, Madrid, Imp. de las Hijas de M.G. Hernández, 1901, p. 5.

cabe advertir una diferencia que debemos poner en relación con el proceso de institucionalización del academicismo y ha sido la que me ha llevado a utilizar, fundamentalmente, los elogios para explicar el proceso de legitimación individual y colectiva desarrollada en el seno de la Academia restauracionista, mediante la construcción de una imagen ideal del historiador oficial. En efecto, frente a la tardía y excesiva uniformización de criterios, introducida por los secretarios perpetuos, en las necrologías oficiales²⁴; el corpus aparentemente homogéneo de los discursos, leídos personalmente por los candidatos en el acto de su investidura, presentan dos partes en su contenido, el elogio inicial y la contestación final²⁵, en las que,

²⁴ Prácticamente, no será hasta la segunda década de nuestro siglo cuando se convierta en una obligación, de los secretarios de la Academia, la de redactar las necrologías de los académicos fallecidos. En este sentido, Juan Pérez Guzmán y Gallo y Vicente Castañeda se convertirán en dos especialistas consumados. Por lo demás muchos de estos artículos necrológicos publicados en el *B.R.A.H.*, no hacían otra cosa que repetir los datos biográficos reseñados en los discursos necrológicos. Durante la Restauración, si bien el secretario de la corporación publicó alguna necrología (Pedro Madrazo la de Valentín Carderera), la costumbre era la de encargarlas a alguno de los amigos del difunto. Las primeras necrologías aparecidas en el *Boletín* académico fueron las de José Amador de los Ríos y la de Carlos Ramón Fort (t. I, 1877, pp. 105-109). Con anterioridad, las necrologías se publicaban de manera dispersa en las distintas publicaciones patrocinadas por la Academia, por ejemplo, las de Martín Fernández de Navarrete y Pedro Sáinz de Baranda se incluyeron en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, Madrid, Imp. de la Viuda de Calero, 1854, t. XXIV, pp. 5-22 o la del anteriormente citado Carlos Ramón Fort precedió al volumen LI, continuación de la *España Sagrada* del P. Flórez, Madrid, Miguel Franco, 1879, pp. IX-XIX.

²⁵ La estructura de los discursos constaba de dos partes: una primera, leída por el nuevo académico, con un elogio introductorio, un cuerpo temático central y una necrología; y una segunda denominada «Contestación», leída por el académico que actuaba de padrino del destinatario. Con todo, este orden discursivo sólo se completó en la última década del Ochocientos, cuando, como recordaba Luis Vidart, en «la noche del 4 de mayo del presente año de 1894 se acordó que los discursos de ingreso de los Sres. Académicos de número fuesen adicionados con una necrología del antecesor en la plaza que cada uno viene á ocupar» («Utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. —, el día 10 de junio de 1894*, Madrid, Tip. de San Francisco de Sales, 1894, p. 37), siendo la primera necrología la de Vicente Vázquez Queipo. Este acuerdo, fue incluido en el *Reglamento de 1899*, cuyo artículo 42, señalaba: «El electo insertará, como

sin romper el plan prefijado, aparecen una serie de variaciones e, incluso, contradicciones que nos permiten observar cómo la categoría de académico evolucionó social y culturalmente a lo largo del siglo²⁶. No por casualidad, era en el discurso de ingreso cuando cada nuevo numerario aceptaba la categoría académica, reconociéndose con el pasado de su predecesor y vinculándose con la institución que lo recibía.

Hasta los años sesenta podemos observar cómo la *invención* de la tradición académica se realizó mezclando elementos antiguos con aquellos conceptos e ideas surgidas al par de las transformaciones de la nueva sociedad liberal burguesa. No es sorprendente pues que las señas de identidad corporativa se rastrearán en un pasado más o menos remoto incidiendo, una y otra vez, en la recuperación genealógica de la vieja galería de historiadores españoles y en el redescubrimiento arqueológico de la Academia dieciochesca²⁷. Tampoco ha de sorprender que fueran los numerarios de

apéndice de su discurso, un sucinto artículo necrológico en que se expresen los datos suficientes al conocimiento de la personalidad y méritos de aquel á quien va á sustituir» (*Estatutos y Reglamento de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1899, p. 43).

²⁶ Henri Duranton, a quien seguimos en alguna de las ideas expuestas a lo largo de estas páginas, ha estudiado el modelo ideal del académico dieciochesco francés siguiendo el orden homogéneo y repetitivo de los 161 discursos funerarios pronunciados en *l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1717-1809) («L'Academicien au miroir. L'Historien ideal d'après les eloges de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres», en *L'Histoire au XVIII^e siècle*, Aix-en-Provence, EDISUD, 1980, pp. 449-478). Una análisis general sobre la literatura autobiográfica española y el valor simbólico de la invención en Anna CABALLÉ, *o.c.*

²⁷ Recordemos por ejemplo los discursos de Evaristo SAN MIGUEL, «El Instituto de la Real Academia de la Historia, sus tareas y servicios que ha prestado», *Discurso de recepción del Excmo. Sr. D. —, en 3 de abril de 1853*, en *Discursos leídos en las sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia*, Madrid, Matute y Compagni, 1851-1867, pp. 195-244); el de Angel RAMÍREZ DE SAAVEDRA (duque de Rivas), «Sobre la utilidad e importancia del estudio de la Historia y sobre el acierto con que promueve la Academia», *Discurso leído en la recepción del Excmo. Sr. —, en 24 de abril de 1853*, en *Discursos leídos en las sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia*, Madrid, Matute y Compagni, 1851-1867, pp. 247-268; o la «Contestación» de Antonio Cavanilles al *Discurso de recepción en la R.A.H. del Sr. D. Manuel*

esta época los que comenzaran a definir genéricamente el *ideal imaginario del académico*, refugiado en un mundo «superior», construido a la medida de las necesidades y de acuerdo a las condiciones de aquellos

hombres sencillos y modestos, muertos á las vanidades del mundo, vivos tan sólo para el estudio en la soledad y el retiro, donde les hacen agradable compañía sus libros predilectos. Allí ni la ambición los inquieta, ni los cuidados de la política los embargan, ni los importunan los amigos officiosos. Si no hubiese una república literaria dentro de la sociedad civil, y Academia, Institutos y otros Cuerpos esclarecidos que los honraran y partieran con ellos su gloria, redimiéndoles de la fría persecución del vulgo, deberíamos compadecerlos, ó venerarlos como á mártires de las ciencias y las letras. Por eso, para que no desmaye el ánimo de estas personas, consagradas por mera inclinación ó por conciencia de su deber, al culto solitario de la historia nacional, nuestra Academia los recompensa y los ensalza á los ojos del mundo²⁸.

Se trataba de un universo académico que, si bien debía mucho al modelo ilustrado, respondía a las necesidades e intereses de la nueva clase dirigente preocupada por construir una cultura de Estado institucionalmente compartimentalizada. En el reparto las atribuciones de la de Historia quedaron resumidas en un lema,

Colmeiro, en 26 de abril de 1857, en Discursos leídos en las sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia, Madrid, Matute y Compagni, 1851-1867, pp. 427-443. La academia dieciochesca ha sido estudiada por María Teresa NAVA RODRÍGUEZ en Reformismo ilustrado y americanismo: la Real Academia de la Historia, 1735-1792, tesis doctoral dirigida por el Dr. D. Juan Pérez de Tudela y Bueso, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia. Departamento de Historia Moderna, 1989, de la cual son adelantos sus artículos «La Real Academia de la Historia como modelo de unión formal entre el Estado y la cultura (1735-1792)», en Cuadernos de Historia Contemporánea, 8, 1988, pp. 127-155 y «Producción historiográfica y academicismo durante el reinado de Carlos III: Discursos de entrada, disertaciones y otros escritos», en De la Ilustración al Romanticismo. IV Encuentro: Carlos III: Dos siglos después, Cádiz, 7-9 de abril de 1988, Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 1993, t. II, pp. 51-58.

²⁸ Manuel COLMEIRO, «Contestación» en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública de D. Vicente de la Fuente, el día 10 de marzo de 1861, en Discursos leídos en las sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia, Madrid, Matute y Compagni, 1851-1867, p. 67.*



«ilustrar la historia nacional», y una imagen, la del académico como un recopilador de documentos históricos. Esto hizo que, desde el primer momento, los miembros de la Academia tuvieran la clara conciencia de que la entidad no podía reducirse a ser un *gremio de historiadores* sino mucho más. Como expresaba el anciano ministro de Fomento, Antonio Alcalá Galiano, en el discurso de su recepción:

Bien sé que no es á lo que hoy calificado de *filosofía de la historia* á lo que esta Real Academia se dedica; pues eso mas corresponde á otro Cuerpo nuevamente creado, entre cuyos miembros tengo la honra de contarme. No es esta Academia un gremio de historiadores, aun cuando entre los Académicos presentes los haya y en los que fueron los haya habido, cuyas composiciones históricas son dignas de la más alta alabanza, y disfrutan del favorable concepto de que son merecedoras. Toca á este Cuerpo, más que otra cosa, buscar y allegar los materiales con que los edificios de las buenas historias deben ser contruidos para que sean juntamente sólidos y bellos; condensarlos, depurarlos, y así, desentrañando lo pasado, traerlo a la vista y alcance de la generación presente²⁹.

Sin embargo, a medida que el academicismo avanzaba hacia su consolidación y los fallecimientos de estos primeros numerarios se sucedían, observamos el curioso fenómeno de unos académicos, o al menos una parte importante de ellos, que comenzaban a personalizar los elogios y a poner los acentos en alguna de las mejores cualidades humanas, méritos cívicos y virtudes espirituales de los difuntos a quienes sucedían. Eso sí, lo hacían de una manera tan retórica y elevada que todas ellas podían ser identificativas del grupo corporativo. De hecho, entre 1870 y 1900, la identidad académica se definió, ante el resto de eruditos e historiadores, no sólo por su alto grado de exclusividad socio-cultural y sus formas de

²⁹ Antonio ALCALÁ GALIANO, «Sobre la antigua constitución política de Castilla, sus cortes, hermandades, etc.», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Excmo. Señor D. —, el 26 de diciembre de 1864*, Madrid, Imp. de José Rodríguez, 1864, pp. 3-4. El autor terminará el párrafo señalando la necesidad de unir «el criterio filosófico y la fidelidad escrupulosa» para escribir la historia. Debemos recordar cómo este discurso y quizás el leído por Fernando de Castro, son de los últimos escritos desde aquella historia filosófica que buscaba la interpretación de los hechos a través del descubrimiento de leyes. En el mundo académico se produjo un rechazo hacia este tipo de historia que quedó relegada al mundo de los manuales universitarios y de bachillerato.

actuación, sino también por su capacidad metafórica de resaltar de sus miembros una única condición, la de académico. Al respecto, no resulta paradójico que el reconocimiento de su propia tradición les llevara, siempre dentro de los límites marcados por el respeto a los muertos y las normas implícitas de la caballería académica, a señalar las diferencias con la generación anterior:

El Sr. Corradi — escribía el numismático Celestino Pujol, liberal fusionista y colaborador habitual de Víctor Balaguer— se inspiró en sus mejores escritos políticos é históricos en la influencia compendiosa de un tiempo que no es el nuestro, y cumplió con él escribiendo gallardamente. Hoy, época de sosiego para el estudio, la inquietud por saber produce la duda generadora del análisis. La corriente intelectual contemporánea invade á España, y á su benéfico influjo en el cultivo de las ciencias históricas, imponen su imperio la crítica y la investigación, que aunadas en venturoso consorcio, se agitan afanosas para que brille con luz intensa la verdad, digna de tal nombre.

Influído también por mi tiempo, me someteré al espíritu que lo informa; y al ocupar la atención que bondadosos me prestáis, y que tanto os agradezco, dejaré á la investigación y á la crítica que cumplan por mí en el empeño en que me hallo³⁰.

La proximidad temporal y física permite que, en los elogios del último tercio de siglo, primera y tercera persona se entrecrucen en las construcciones del imaginario académico. Lo ficticio literario y lo real autobiográfico se revelan en los textos de una manera indescible. Los elogios son verdades abstractas, donde lo que importa no son tanto su relación con la realidad como el sentido del texto, su visión y la configuración de la realidad singular, contextualizada en un medio y expresada desde los más variados puntos de vista testimoniales. Con una perspectiva selectiva, el escenario de la memoria académica recupera el recuerdo de los padres en cuanto matriz urdímbrica del espacio cultural académico:

Ellos formaron mi corazón — señalaba Juan de Dios de la Rada— y procuraron enriquecer mi inteligencia con la fecunda semilla del saber, aún á costa de penosos sacrificios; ellos me dieron la doble vida del cuerpo y del alma; ellos me pusieron á la entrada del difícil y largo

³⁰ Celestino PUJOL, «Melo y la revolución de Cataluña», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D.—, el 18 de abril de 1886*, Madrid, Imp. y Fund. de Tello, 1886, p. 7.



camino, á cuyo extremo me mostraron como aspiración suprema de mis esfuerzos el templo de la Historia, cuyas puertas me habéis abierto bondadosos»³¹.

De igual manera, la memoria de Joaquín Pujol y Santo, «aquél meritorio correspondiente vuestro, á quien Dios quiso otorgar el inefable júbilo de que pocos momentos antes de morir recibiera la noticia de que el heredero de su casa y de sus inclinaciones tenía asiento en la Academia»³², se unía a la de su hijo Celestino en el acto de su recepción académica. También fue para Joaquín Maldonado y Macanaz, «la circunstancia de ser mis amados padres dueños de papeles y documentos manuscritos referentes al reinado de Felipe V», la que inclinó su afición por los estudios históricos «en ese período de la Historia Moderna»³³. Extendiéndose el reconocimiento a otros miembros de la familia, en casos como el de Manuel Pérez Villamil, «porque viene a reverdecer en mí los laureles de mi familia, que tuvo en esta casa una representación insigne con la del ilustre patricio D. Juan Pérez Villamil, Director de la Academia á principios del siglo pasado»³⁴, en el de José Godoy Alcántara, unido «á D. Emilio Lafuente Alcántara por el triple vínculo de la sangre, del afecto y de las aficiones literarias»³⁵, y abarcando a toda su genealogía en el de Jerónimo López de Ayala, no en vano, declaraba su padrino académico, Juan Catalina García:

³¹ Juan de Dios de la RADA, «Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre», *Discursos leídos ante la R.A.H., en la recepción pública del Sr. D. ---, el día 27 de junio de 1875*, Madrid, Imp. de T. Fortanet, 1875, pp. 9-10.

³² Víctor BALAGUER, «Contestación» al discurso de Celestino Pujol, p. 95. Balaguer dedica al recuerdo del padre tres páginas (93-95).

³³ Joaquín MALDONADO Y MACANAZ, «Voto y renuncia del Rey don Felipe V», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. ---, el día 3 de mayo de 1894*, Madrid, Imp. y Lit. de los Huérfanos, 1894, p. 7.

³⁴ Manuel PÉREZ VILLAMIL, «La tradición indígena en la historia de nuestras artes industriales», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Sr. D. ---, el día 12 de mayo de 1907*, Madrid, Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1907, p. 5.

³⁵ José GODOY ALCÁNTARA, «Ideas y opiniones de nuestros escritores en diversos tiempos sobre la manera de escribir la historia», en *Discursos leídos en la Real Academia de la Historia, en la recepción pública de D. ---, el día 30 de enero de 1870*, Madrid, Imp. y Est. de M. Rivadeneyra, 1870, p. 5.

El nombre solo del Conde de Cedillo evocaba multitud de páginas gloriosas en la historia de la literatura patria (...) (...).

A tan nobles linajes pertenecieron, en el de Ayala, varones como el insigne canciller é historiador D. Pedro López de Ayala, con razón llamado columna de la patria historiador, literato, político, guerrero y hombre en todas las manifestaciones de la inteligencia y del honor tan cumplido, que bien puede presentarse como dechado de perfección de su época; D. Diego López de Ayala, el gran amigo de Cisneros, autor de las sabias *Constituciones insignis Collegii Sanctae Catherine* y de varias otras obras literarias, Canónigo y Vicario de Toledo, alma de todas las obras y empresas artísticas de la catedral toledana en la primera mitad del siglo XVI; D. Ignacio López de Ayala, escritor bien conocido del siglo XVIII; y, como digno remate de tan gloriosa cadena de ilustraciones patrias, aunque de rama distinta, el gran dramaturgo contemporáneo que ha inmortalizado su nombre con el *Tanto por ciento y Consuelo*.

Atentos los ilustres antecesores de estas familias, no sólo al cultivo por sí mismos de las letras, sino á facilitar su estudio, abriendo para ello amplias escuelas, uno de sus dignos individuos, D. Francisco Alvarez de Toledo, fundó en Toledo en 1485 el insigne colegio de Santa Catalina Virgen y Mártir, elevado por bula del Papa León X (22 de Febrero de 1530) á Universidad de Toledo (...).

En la misma rama del linaje de Alvarez de Toledo no son preteridos el renombrado traductor de los Morales de San Gregorio, don Alfonso Alvarez de Toledo y D. Diego López de Toledo, Comendador de Castilnovo en la Orden de Alcántara, traductor de los Comentarios de Julio César y de Hircio³⁶.

Y aunque en el diálogo, la bondad de la vida conyugal se considera una virtud derivada que se da por sobreentendida; entre la densa red de metáforas, la vida familiar aparece como un elemento

³⁶ Juan de Dios de la RADA, «Contestación», en *Discursos leídos ante la R.A.H. en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Jerónimo López de Ayala (conde de Cedillo), el día 23 de junio de 1901*, Madrid, Imp. de las Hijas de M.G. Hernández, 1901, pp. 262-263. De igual modo, recordará el linaje Antonio SÁNCHEZ MOGUEL, «Contestación», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Juan Jordán de Urriés (marqués de Ayerbe), el día 28 de mayo de 1899*, Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1899, pp. 31-33.

complementario en la definición del historiador académico, pues como «de verdadero sabio, su existencia se hallaba compartida entre el culto de la ciencia y el de la familia»³⁷. No en vano, el ámbito de lo privado, se consideraba una extensión afectiva de la cotidiana existencia del hombre consagrado al estudio, a los amigos, a la Academia y la Patria. Una condición necesaria de aquel que, siendo

buen hijo, buen esposo, buen padre, en la vida privada, fué, en el entretanto, este recinto teatro único de su pública existencia; consagrándonos casi entera la que, más por nuestro mal que el suyo, tejió tan corta el cielo³⁸.

Por lo demás, testigos de su tiempo y de su vida, los testimonios textuales continúan entrecruzándose conformando una arqueología del recuerdo en la que se recuperan geografías de la infancia y de la juventud³⁹, instituciones, maestros y libros decisivos en las aficiones eruditas o en la elección de un campo específico de estudios. Así, Francisco Codera, casi veinte años después de haberse producido, se reencontraba con el «recuerdo grato de mi juventud», en que:

estudiaba yo en la Universidad de Zaragoza, y al ver en los autores no aragoneses la narración de los primeros tiempos de la reconquista, negando la historia de todo un siglo á los reinos de Aragón y Navarra, que con tanto entusiasmo y profunda convicción había escrito uno de mis queridos maestros, hoy difunto (a), comprendiendo que si aquellos quizá no tenían razón á los ojos de la crítica para negar nuestros hechos, Aragón y Navarra en manera alguna podían defenderlos con bue-

³⁷ Eduardo SAAVEDRA, «Necrología. Emilio Hübner», en *B.R.A.H.*, XXXIX, noviembre 1901, p. 419.

³⁸ Antonio CÁNOVAS, «Contestación», en *Discursos leídos en la Real Academia de la Historia, en la recepción pública de D. José Godoy Alcántara, el día 30 de enero de 1870*, Madrid, Imp. y Est. de M. Rivadeneyra, 1870, p. 50. Las palabras se refieren a Emilio Lafuente Alcántara.

³⁹ Juan de Dios de la Rada, en su discurso de ingreso, recordará con emoción su juventud en Granada (*o.c.*, p. 10); también, la apasionada confesión de su gran amor por su Sevilla natal le servirá de pretexto a Antonio Sánchez Moguel, para iniciar su discurso en contra de los regionalistas («Razones históricas en que pretenden fundarse los regionalismos catalán y gallego», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D.---*, Madrid, Imp. de la Vda. de Hernando y Cía, 1888, p. 6).

nas razones, pensé que en los autores árabes podría encontrar noticias que resolviesen la cuestión y decidí dedicarme al estudio de su lengua⁴⁰.

A partir de estos momentos, la presencia del yo se difumina en los textos para pronunciarse sobre los demás, estableciéndose la comunión necesaria del yo con el otro, de los datos autobiográficos con los elogios biográficos de los académicos precedentes o contemporáneos. En verdad, sólo esta relación con las otras vidas podía garantizar la autopercepción comunitaria y la expresión de la singularidad académica.

Sin la menor contradicción los discursos pueden alabar, de una parte, las cualidades propias de los hombres sabios: los «vastos conocimientos», el «talento», la «atención rigurosa», la «ambición de todo saber», o, «la suma también de muchas horas consagradas al estudio y al trabajo, con esa insistencia laboriosa y esa tenacidad infatigable más propias de las frías naturalezas del Norte que de los espíritus ardientes del Mediodía»⁴¹. Y, de otra, referirse a las trayectorias profesionales del «egregio académico» que «subió á estos escaños desde la magistratura y desde la encendida arena de la política»⁴², del «sabio e infatigable profesor»⁴³, del activo aristócrata⁴⁴,

⁴⁰ Francisco CODERA, «Dominación árabe en la frontera superior de España (711-815)», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Excmo. Sr. D.---, el día 20 de abril de 1879*, Madrid, Imp. de los Señores Rojas, 1879, p. 2. El maestro referido en la nota (a) era el catedrático de lengua griega de la Universidad de Zaragoza, Braulio Foz y la correcciones y adiciones realizadas por él a la *Historia de Aragón*, compuesta por A.S., Zaragoza, 1848.

⁴¹ Víctor BALAGUER, «De la literatura catalana», *Discurso de ingreso en la R.A.H., leído el 10 de octubre de 1875*, en *Obras de Víctor Balaguer*, t. VII, *Discursos Académicos y Memorias literarias*, Madrid, Imp. y Fundición de M. Tello, 1885, p. 28. El elogio se refiere a José Godoy Alcántara.

⁴² Eduardo de HINOJOSA, «El dominico D. Francisco de Vitoria», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Eduardo de Hinojosa y Naveros, el día 10 de Marzo de 1889*, Madrid, Tip. de los Huérfanos, 1889, p. 2. Se refiere a Antonio Benavides.

⁴³ Joaquín MALDONADO, *o.c.*, p. 8. Se refiere a Juan Vilanova y Piera.

⁴⁴ Antonio Sánchez Moguel se refiere al marqués de Ayerbe como representante de «la vieja aristocracia, que no se contentó nunca con los blasones heredados, sino que quiso siempre realzarlos con los merecimientos personales adquiridos en el Gobierno, en las Cortes, en la diplomacia, en las letras y en las armas» («Contestación», *Discursos leídos ante la R.A.H., en*

del «ilustre jurisconsulto»⁴⁵, del general «modelo de militar cristiano y caballero que besando la cruz jura su primera bandera y besando la cruz querrá despedir su último aliento»⁴⁶ y del político «poseedor de altísimas distinciones aquí no nombradas por su origen, y que debe á una situación eminente dentro de su partido político, jefe antes de ese mismo partido y muy acomodado en rentas, ni estas venturas han nublado su noble carácter, ni le han apartado de la modestia cristiana, ni han sido parte eficaz para cerrarle los ásperos caminos del estudio y la investigación»⁴⁷. Una relación que no debemos interpretarla como una suma de elogios banales y de circunstancias sino como la reivindicación constante de la suprema dignidad de las letras y la eminencia de los hombres que las cultivan. No por casualidad, Ricardo Beltrán y Rózpide, en el momento de elegir el tema de su discurso, recordó las recomendaciones realizadas por la corporación

á los que tienen por instituto perfeccionar la historia nacional, el género de oraciones ó discursos que se titula «Elogio histórico». Es, en efecto, «parte especialísima de nuestra historia la biografía de los españoles señalados». La historia de un hombre que intervino en la vida intelectual ó política de su época es siempre y en todo caso comentario y perfeccionamiento de la historia de la Sociedad en que vivió⁴⁸.

Desde la añoranza de un tiempo perdido resurge el ideal del hedonismo erudito, multiplicándose las alabanzas hacia aquellos hombres de letras que por el placer del estudio fueron capaces de abandonar el mundo. En este sentido, el propio Cánovas del Castillo, representante máximo de aquellos otros que «dedicamos al

la recepción pública del Excmo. Sr. D. Juan Jordán de Urriés (marqués de Ayerbe), o.c., p. 32).

⁴⁵ Ricardo BELTRÁN Y RÓZPIDE, «Isidoro de Antillón, geógrafo, historiador y político», en *Discursos leídos en la recepción ante la Real Academia de la Historia de D. ---, el día 31 de mayo de 1903*, Madrid, Imp. y Lit. del Depósito de Guerra, 1903, p. 9. Se refiere a Manuel Montalbán.

⁴⁶ Eduardo SAAVEDRA, «Contestación», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Adolfo Carrasco, General de División el día 1 de julio de 1900*, Madrid, Imp. del Cuerpo de Artillería, 1900, p. 72.

⁴⁷ Juan CATALINA GARCÍA LÓPEZ, «Contestación», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Enrique Aguilera y Gamboa (marqués de Cerralbo), en 31 de mayo de 1908*, Madrid, Tip. «Sucs. de Rivadeneyra», 1908, pp. 359-360.

⁴⁸ Ricardo BELTRÁN Y RÓZPIDE, o.c., 1903, p. 10.

estudio el tiempo no más que nos dejan ociosos, bien los cuidados particulares, bien las peripecias de la fortuna», no se recataba en proyectar una imagen magnífica de Emilio Lafuente Alcántara que:

Fijo en la verdad siempre, en la ciencia, en el estudio abstracto de las acciones humanas, ó en el análisis concreto de las sociedades, de las instituciones, de los individuos que fueron, no desdeñaba lo demás, pero no podía amarlo, ocupada, cual estaba, por mejores pensamientos su cabeza. Todo hubiera podido serlo nuestro inolvidable colega, en la política, en la administración, en el gran mundo; ninguna cualidad social ó personal, material ó moral, faltábale para ello: vivió modestamente tan sólo porque era modesto; fué no más que archivero-bibliotecario, porque bibliotecas y archivos custodiaban el único alimento que apetecía. No nos acompañó á otros en las sendas escabrosas que hemos seguido, hallándolas á mano cual ninguno, porque léjos de tenernos envidia, nos compadecía, de seguro, entre sus libros. Dichosa medianía, y aún dichosa vida la suya, puesto que fué fecunda⁴⁹

y retratar la figura de su amigo, «el orador de tenue voz», José Moreno Nieto, como la de un «penitente», el cual, una vez atendidos el decoro y las necesidades materiales de su familia, había huido de las «grandezas», de los «apetitos» y «placeres mundanos», «puesto que él mismo se había hecho una especie de vida monástica en este mundo, fuera de las agitaciones interesadas, ruidosas y brillantes de la vida profana»; aunque eso sí, viviendo en sociedad, sin refugiarse en los claustros, porque no

es ya en ellos, pues, donde por ningún concepto suelen refugiarse los espíritus activos, pensadores, batalladores, solamente enamorados de la soledad, porque en la soledad pueden amar á sus anchas lo único que en la tierra les inspira amor, que es la investigación, la intuición, el conocimiento, el ejercicio supremo de la razón, en fin, con el culto de la ciencia⁵⁰.

⁴⁹ Antonio CÁNOVAS, «Contestación», en *Discursos leídos en la Real Academia de la Historia, en la recepción pública de D. José Godoy Alcántara, o. c.*, p. 51.

⁵⁰ Antonio CÁNOVAS, «Discurso del Excmo. Señor D. ---, leído en la velada literaria que celebró el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid en honor del Excmo. Señor D. José Moreno Nieto el 4 de marzo de 1882», en *Discursos académicos del Excmo. é Ilmo. Señor D. José Moreno Nieto precedidos de un discurso sobre su vida y obras del Excmo. Señor D. ---*, Madrid, Imp. Central á cargo de Víctor Saiz, 1882, p. IX.

Un abandono del mundo, una neurótica dedicación al estudio presentado, en unos casos, como una renuncia total y estoica a las comodidades normales de la vida, llevando

hasta el límite de lo inverosímil su negligencia en todo lo que no era asunto de arte ó arqueología. Ya hemos indicado que, aun en sus posteriores años, el trato que se daba era el de un humilde estudiante; además de ser su mesa frugal, todas las comodidades de la vida á que el hombre se apega en la ancianidad, le parecían frivolidades y puro lujo. Ni necesitaba de muelle butaca para dormirar después de comer, ni echaba de menos una buena lámpara para leer de noche; 'a sus ochenta años aguantaba como un estóico, lo mismo el tufo de un quinqué sin tubo, que las corcovas de un sillón averiado y despojado de su rehenchido'⁵¹

en otros, compensada por los goces de algunos momentos de espiritual santidad, «su alma de erudito, de creyente y de artista, extasiábase ante aquellos venerables muros de los cuales durante siglos irradiaron la Fe y la Cultura»⁵², la fuerza de la afición sólo se verá reducida por las limitaciones de su organismo. Mártir de su vocación, los últimos meses de Vicente Barrantes serían recordados por el marqués de Monsalud como ejemplo de la angustiada y frenética carrera sostenida por un académico contra la muerte:

a la par que adelantaba su trabajo, adelantaba la enfermedad que consumía su existencia; y sintiéndose desfallecer, viendo su fin cercano, apresurábase afanoso y escribía, escribía con ahínco, y húmedas enviaba sus cuartillas á la imprenta. Algunas, las últimas que brotaron de su pluma, he podido recoger tiradas por los rincones de la oficina del impresos, señaladas por los dedos manchados de tinta de los cajistas. Cubiertas de su letra española segura y menudita apenas se ven en ellas correcciones; de su claro entendimiento brotaba la frase modela y pulida.

El mal adelantaba aún más en su trabajo, la parálisis que adormecía sus miembros atacaba ya á la cabeza. Primero hizo caer la pluma de

⁵¹ Pedro de MADRAZO Y KUNTZ, «D. Valentín Carderera. Necrología», *B.R.A.H.*, II, 1882, p. 123.

⁵² Mariano Carlos SOLANO Y GALVEZ (marqués de Monsalud), «Arqueología romana y visigótica de Extremadura», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. ---, el día 3 de junio de 1900*, Madrid, Est. Tip. de Fortanet, 1900, p. 9. Se refiere a Vicente Barrantes.

sus manos, después impidióle dictar los pensamientos que recogía la piedad de sus deudos, más tarde nublábase aquella privilegiada inteligencia hallando término una laboriosa vida en que tanto supo hacer en beneficio de la cultura patria⁵³.

La creatividad intelectual se convierte así en el objeto de la angustia del hombre genial⁵⁴; y como tal, sobrevalorada y destacada por encima de cualquier otro aspecto de la cotidianidad. Para Pedro de Madrazo:

El hombre de genio, preocupado con la consideración de aquel norte ó fin primario que es su aspiración, ó el objeto cardinal de su misión en la tierra, no se da tiempo ni vagar para atender á lo pequeño de la vida, que también es de necesidad en el mundo, y que constituye toda la ocupación, más aun, la *disculpa* de la existencia de muchos seres vulgares, importunos y enfadosos por su amor á toda clase de fórmulas y rúbricas. También las moscas son necesarias, aunque nos sean molestas. La abstracción en que los grandes hombres viven, explica las aberraciones en que de ordinario caen, sus distracciones, sus manías, y hasta sus aparentes rasgos de insensatez ó de locura. Carderera era el hombre más distraído del universo, pero para las cosas de poco momento, nunca para nada que se rozase con las importantes materias de su incansable estudio y predilección. ¿Era un verdadero genio Carderera?⁵⁵.

Y, aunque pocas veces los elogios alcanzan los extremos citados, lo cierto es que recogidas de los pliegues del tiempo y la memoria, las condiciones humanas para alcanzar el saber brotan y se imbrican, sin solución de continuidad, con el amplio rosario de virtudes espirituales que permitirán decirse al académico.

Su bondad y su modestia excesiva, si exceso cabe en la práctica de esta virtud, corrían parejas con su ciencia y su trabajo: brotaba de sus labios fácil y espontáneo, el elogio, que á nadie regateaba, siendo úni-

⁵³ *Ibidem*, pp. 11-12.

⁵⁴ Una clásica introducción a la literatura psicobiográfica del «hombre genial», en el prólogo de Johanes CREMERIUS a *Neurosis y genialidad. Biografías psicoanalíticas*, Madrid, Taurus, 1979, pp. 15-30. También resulta muy útil la lectura de los artículos de Yves PÉLICIER, «La biographie et ses tensions» y Arthur TATOSSIAN «Biographie ou de la vie comme récit», en *Diogenè*, 139, 1987, pp. 89-95 y 96-104 respectivamente.

⁵⁵ Pedro de MADRAZO Y KUNTZ, «D. Valentín Carderera. Necrología», en *B.R.A.H.*, II, 1882, p. 124.

camente severo para consigo mismo. ¡Condición propia de estos seres superiores, al contrario de las vulgares medianías, propicias siempre á las censuras y críticas ajenas, y fácilmente asequibles á la lisonja y al encomio propio!⁵⁶

Mezcladas, se contrastan virtudes esencialmente negativas, «humildad», «modestia» o «soledad», dirigidas a demostrar el absoluto desinterés del académico que «ambicionando conocer á vista de ojos la tierra clásica de las artes y de los sublimes recuerdos, Grecia, Egipto y Palestina, contrasta el rigor del estío y afronta no escasas privaciones y amarguras»⁵⁷, con aquellos valores positivos que les significarán ante el resto de la sociedad como modelos ejemplares de ciudadanos burgueses.

Don Víctor Balaguer —recordaría Adolfo Herrera—, cuyo sillón voy á ocupar, pero cuyo vacío en este Centro difícilmente llenaría persona de merecimientos mayores que los míos, reunió á una asombrosa fecundidad literaria un patriotismo incomparable, y, fundiéndose en su espíritu en un solo amor el que profesaba á las letras y el que su Patria le inspiraba, nos legó con su larga vida un ejemplo que, si tuviera imitadores, elevaría rápidamente el nivel de nuestra cultura y transformaría en hechos las esperanzas de una regeneración tan decantada en nuestros días.

Balaguer no vivía más que para el trabajo, y yo, que á mas de ser un entusiasta admirador suyo tuve la suerte de verme unido á él por una larga é íntima amistad, puedo aseguraros que solo por dejar de trabajar sentía morir»⁵⁸.

⁵⁶ Francisco R. de UHAGÓN Y GUARDAMINO (marqués de Laurencín), «El Padre Fita», en *Discurso necrológico pronunciado en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Imp. de Fortanet, 1918, p. 8.

⁵⁷ Aureliano FERNÁNDEZ GUERRA, «Contestación», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, el día 27 de junio de 1875*, Madrid, Imp. de T. Fortanet, 1875, p. 113.

⁵⁸ Adolfo HERRERA Y CHIESANOVA, «Medallas de los gobernadores de los países bajos en el reinado de Felipe II», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública de D.---, el día 29 de diciembre de 1901*, Madrid, Imp. de las Hijas de Manuel G. Hernández, 1901, p. 7.

Católicos y patriotas, eruditos y hombres de acción, dos valores ideales, la búsqueda de la verdad y la sabiduría, se sitúan como el hilo conductor que contextualiza y confirma la transfiguración del hombre y el espíritu académico en el espejo de los textos. Sin ningún riesgo de choque con un auditorio cómplice, el lento configurarse del yo académico, alcanza su justificación última en la identificación con la institución que le permite situarse como una pieza clave de la cultura histórica y la creatividad de su tiempo. La Academia es, en el tejido textual, el espacio acrisolado en el que confluyen las condiciones humanas y las virtudes espirituales, los intereses intelectuales y los valores cívicos de aquellos, cuyos merecimientos se ven acrecentados con el discurso «que por sí solo otorga el título de historiador meritísimo»⁵⁹. De aquí que, para el nuevo numerario, su deseo de hacerse historia le lleve, además de a reconocerse con la «multitud» corporativa, a integrarse en la realidad concreta y singular de una institución creada con el propósito de superar las nostalgias de una sociedad burguesa que trataba de «consumar el pasado, para atenuar parte de su enajenación en el presente mecánico y segmentado»⁶⁰.

Comenzando con la gratitud inicial, llena de expresiones emotivas hacia la «sabia Corporación que siempre contó en su seno los hombres más ilustres del país, y tanto ha contribuido con sus eruditos trabajos a ilustrar la Historia patria»⁶¹, los distintos párrafos de los elogios y las contestaciones se convierten en una glosa repetitiva de la importante función social y cultural desarrollada por la Academia. «Purificar la historia de nuestra España de las fábulas que la deslucen», escribirá Evaristo San Miguel en 1853⁶², crear «colecciones de documentos» señalará Juan Cueto⁶³, e, incluso,

⁵⁹ Juan CATALINA GARCÍA LÓPEZ, «Contestación», *o.c.*, p. 359.

⁶⁰ Donald M. LOWE, *Historia de la percepción burguesa*, México, F.C.E., 1986, p. 82.

⁶¹ Francisco CÁRDENAS, «Nuestros antiguos bandos políticos desde el siglo XIII hasta fines del XV», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Excmo. Sr. D. ---, el día 3 de noviembre de 1872*, Madrid, Imp. de Berengüillo, 1872, p. 1.

⁶² Evaristo SAN MIGUEL, «El Instituto de la Real Academia de la Historia,...», en *o.c.*, p.197.

⁶³ Juan CUETO HERRERA, «Vicisitudes de nuestras antiguas Cortes hasta su incorporación a las de Castilla, e influencia de este suceso en el establecimiento de la unidad política nacional», *Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia del Sr. D. ---, en 14 de Junio de 1857*, en *Discursos*

para Modesto Lafuente, abogar por una codificación general que diera «la suspirada unidad legal a la nación que tan laboriosamente ha logrado alcanzar su casi completa unidad política»⁶⁴, se anunciaban como algunos de los horizontes prácticos de un espacio intelectual consagrado a la «verdad» y definido por su «homogeneidad social y política».

Desde estos presupuestos, debemos entender la reiterada negativa de los académicos a definirse en exclusiva como un *gremio de historiadores* y su oposición a considerar la posibilidad de cualquier planteamiento que pudiera interrogarse sobre la unidad histórica de la nación española. En el juego de la retórica académica, la mezcla de hechos históricos y de ficciones significativas dio una operatividad al modelo académico tan real que fue la que autorizó a la corporación, ante el resto de los círculos culturales de la época, a establecer los criterios de lo que debía ser la historia e identificar a los académicos como los principales historiadores. Así mismo, la llamada «*théorie de l'irrésistible vocation*»⁶⁵, la pervivencia de la idea del historiador «genial» y el papel reservado al resto de hombres «de entendimiento, de buena voluntad y de adecuada cultura» que cultivaban la erudición histórica, permitió al «ojo investigador de la Academia»⁶⁶ descubrir a aquellos que merecían el título de historiador principal, porque:

nuestra Academia no acostumbra galardonar méritos en potencia. Se premia sólo el trabajo asiduo, la dedicación constante, la vocación histórica firme y sólida, robustecida con largos estudios, manifestada en innumerables publicaciones, que por ser tantas y todas de investigación original y directa, tienen además de su valor propio, el valor de un saludable ejemplo en medio de la indiferencia del público, del silencio de los doctos y de la estéril abundancia de vana y frívola

leídos en las sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia, Madrid, Matute y Compagni, 1851-1867, p. 510.

⁶⁴ Modesto LAFUENTE, «Contestación» al *Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia del Sr. D. Pedro Gómez de la Serna, en 13 de diciembre de 1857*, en *Discursos leídos en las sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia*, Madrid, Matute y Compagni, 1851-1867, p. 659.

⁶⁵ Henri DURANTON, *o.c.*, p. 473.

⁶⁶ Antonio CAVANILLES, «Contestación», *o.c.*, p. 430.

literatura que por donde quiera nos inunda, haciéndonos perder hasta la memoria de nuestro pasado y el gusto de las cosas españolas⁶⁷.

El académico, integrado en una colectividad que asumía como propias las distintas individualidades, quedará definido como el historiador ideal. De aquí que, en los discursos, se nombren y valoren las cualidades del «aficionado erudito», del «arqueólogo infatigable», del «arabista» o del «coleccionista de antigüedades», también, las del «escritor de historias nacionales», del «numismata», del «geógrafo», del «mecenas» y las del resto de los «trabajadores infatigables de la historia»⁶⁸.

No por casualidad, importaba comunicar a la «nación entera» y al resto de la comunidad de historiadores, el contexto unificador de la Academia en la que se apreciaba con tanto «amor y justicia, los trabajos de nuestros beneméritos Correspondientes en las provincias»⁶⁹ como el resurgir literario de las distintas regiones⁷⁰. Pasión unitaria de los «doctos varones que velan cuidadosos por los progresos de la Historia Patria»⁷¹, custodios «solícitos del tesoro de la gloria de nuestros padres, que es nuestra gloria, los títulos de la unión nacional...»⁷², que encontraba su mejor representación en la imagen positivista de una historia nacional construida sobre «los

⁶⁷ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, «Contestación», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Rodríguez Villa, el día 29 de octubre de 1893*, Madrid, Est. Tip. de Fortanet, 1893, p. 105.

⁶⁸ En los casos más extremos *v.gr.* Menéndez Pelayo o Fidel Fita se exaltaba al sabio genial capaz de dominar *todos* los campos intelectuales.

⁶⁹ Antonio SÁNCHEZ MOGUEL, «Contestación», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo, el día 9 de junio de 1895*, Madrid, Imp. de la Vda. de Hernando y Cia, 1895, p. 57.

⁷⁰ Víctor BALAGUER, en su discurso de ingreso señalaba que la verdad le obligaba a reconocer que «la honra señalada que hoy por esta Corporación se me dispensa, á mi noble país se dirige más bien que á mi pobre personalidad» («De la literatura catalana», *o.c.*, p. 27).

⁷¹ Francisco FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, «La Genealogía y la Heráldica en la Historia», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. ---, el día 29 de junio de 1900*, Madrid, Est. Tip. de Enrique Teodoro, 1900, p.5.

⁷² Antonio SÁNCHEZ MOGUEL, «Razones históricas en que pretenden fundarse los regionalismos catalán y gallego», en *o.c.*, pp. 44-45.



estudios particulares, las historias de los pueblos y de ciudades»⁷³, expresada a través de un idioma común, el castellano, que reconoce, acepta paternalmente y traduce las lenguas «regionales» de España. Así lo hizo el conde de Cedillo, de cuyos trabajos

sobresale la traducción que ha hecho del catalán al castellano de la leyenda pirenaica del tiempo de la Reconquista intitulada *Canigo*, obra admirable del gran poeta catalán Mosé Jacinto Verdaguer, verdadera creación de la que con entera justicia ha dicho nuestro compañero Menéndez Pelayo, que el Pirineo adquiere formas humanas y titánicas bajo el cincel de aquel poeta. (...) (...), como poeta se ha embelesado ante aquella montaña gigante coronada de nieves casi perpetuas, cuyo soplo es el viento canigonench, cuna de las más antiguas canciones catalanas, amor de los rosellones, que al verse alejados de su patria, como los hijos de Galicia con su *Muñeira*, consuelan su *anyoransa* con el sentidísimo cantar que, traducido fielmente por el Conde, dice:

Montañas regaladas
son las de Canigó,
cubiertas todo el año
de flores y verdor⁷⁴.

Una institución, en suma, que premiaba, sin distinción de clase o ideología política, el mérito de sus elegidos

en especial cuando éste va unido á la laboriosidad, al trabajo y á los servicios honorablemente prestados y lealmente reconocidos.

Este fué siempre el timbre de la Academia; tal su costumbre; y ocasión es ésta de consignarlo y repetirlo, ya que no todos quizá quieren reconocerlo así. La fuerza de este Instituto y su vida propia están precisamente en su rectitud y en su justicia. Reconoce los servicios que se prestan; admira el trabajo donde lo encuentra; premia el estudio, el mérito y el talento en quien quiera existan, y busca, y escoge, y llama á su materno seno, lo mismo á los que viven en el obscuro hogar de una provincia lejana, que á los que se agitan en medio de las tumultuosas asambleas de la Corte; lo propio al modesto y al humilde

⁷³ José María ASENSIO, «Sobre los libros «Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros» y «Descubrimiento y viajes científicos por el Mediodía de España y Norte de África», en *B.R.A.H.*, XXXIV, junio 1899, p. 509.

⁷⁴ Juan de Dios de la RADA Y DELGADO, «Contestación», en *Discursos leídos ante la R.A.H. en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Jerónimo López de Ayala (conde de Cedillo)*..., p. 266.

que al poderoso y al encumbrado, al que milita en un bando como al que milita en otro, mientras todos se presten á mantener el culto de la historia patria y á perseguir la disquisición de la verdad histórica⁷⁵.

Sistemáticamente acalladas las diferencias sociales y políticas, el ideal académico se trazaba como un camino perfecto en el que el tiempo y la historia de cada individuo experimenta un proceso de unificación corporativa. Por eso, continuaba el erudito catalán:

Unas veces el que entra por esa puerta, neófito y catecúmeno, es el orador esclarecido, el estadista ilustre, el que con su voz dominó las tormentas parlamentarias, el que habiendo presidido asambleas y consejos de ministros, viene modesto á ser aquí presidido por un compañero humilde, hasta que, andando el tiempo, pueda elevarle el voto de todos á la sede directoral; otras es el general aguerrido, á quien la vista del campamento no hizo olvidar el culto de las letras y su afición á la ciencia, que le ayudó á disipar las nieblas de la historia. Unas veces es el marino esforzado, que con serena frente desafió los huracanes y las tempestades del Atlántico, llevando á remotos países el nombre y la gloria de la patria española; otras es el prócer eximio, que á sus altos títulos hereditarios une los de lírico excelente y preclaro prosador, con la gloria de haber figurado entre los caudillos de la juventud gallarda, que en el primer tercio de este siglo comenzó aquel renacimiento romántico, para el cual tantos desdenes parecen abrigar hoy algunos que sin él no existieran. Ayer fué el geógrafo experto, que con previsora iniciativa encamina las exploraciones comerciales y científicas á playas y á regiones en quienes España debiera tener fija siempre su atención y su mirada; hoy es el americanista entusiasta, que recaba para nuestra patria las glorias, civilización y destinos de aquellos países que brotaron del seno de tenebrosos mares al fiat generador del arriscado nauta.

De par con el tribuno ardiente, de pasmosa erudición y celebridad europea, en quien parece haber encarnado el espíritu de Cicerón y de Demóstenes, entra el modesto epigrafista y el humilde arqueólogo, que pasó gran parte de su vida interrogando á las piedras para descubrir los arcanos y secretos de la historia. Apoyándose en el brazo del letrado eminente que representó a España en las embajadas y en los congresos europeos, se adelanta el prelado venerable que hizo oír su palabra discreta en los concilios.

⁷⁵ Víctor BALAGUER, «Contestación» al discurso de Celestino Pujol, en *o.c.*, p. 97.

Aquél es el arabista á quien el estudio de los libros musulmicos reveló sucesos que cambian profundamente los anales de la historia; éste es el erudito que vive en las edades antiguas y en las ciudades ya desaparecidas, tan conocedor de sus cosas y costumbres y tan hallado en ellas, que no parece sino que hubo de vivir en aquellos tiempos y en aquellas generaciones, para él tan familiares; éste otro es el cronista incansable, que en interesantes monografías va narrando historias de sucesos particulares; aquél de más allá es el literato laborioso, de experiencia notoria y de consejo solicitado; y éstos otros son los que con talento superior y loable celo confirman, comentan, compilan ó ilustran la obra monumental comenzada por el P. Florez, las actas y cuadernos de cortes españolas, los manuscritos raros del Memorial histórico, y la reproducción de libros importantes y curiosos agotados y desconocidos desde remotos tiempos.

Todos se reúnen y congregan solícitos en la casa solariega, sin necesidad de previo aviso, el día señalado...⁷⁶

Con todo esta ocultación de la realidad, realizada mediante la reactualización del mito de una sociedad igualitaria de literatos y espíritus elevados⁷⁷, alcanzará sus niveles más obsesivos en el tema político. El duque de Rivas, Francisco Cárdenas, Manuel Colmeiro o Juan Catalina, todos, nombrarán la política y, todos, la rechazarán como un elemento ajeno a la *República de las Letras*.

3. *El eclipse de las glorias académicas en el marco de la profesionalización.*

Evidentemente, al enmascarar los posibles conflictos de la realidad, mediante la transmisión de una imagen ideal de la Academia como una morada vital sin dramas, pues «No es título de alarde y vanagloria el de académico; no es título de jerarquía nobiliaria,

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 98-99.

⁷⁷ Se trataba de una ocultación hasta cierto punto parcial, en la que ni la retórica podía evitar la aparición de las diferencias sociales y jerárquicas v.g. cuando Víctor Balaguer se refiere a Cánovas «el ilustre estadista» marca la gran distancia con su «humilde compañero». Sobre el intento de revitalizar la idea durante la Restauración de una *República de las Letras*, vid. I. PEIRÓ, *Los guardianes de la historia...*, pp. 14-23.

puesto que no la hay en la república de las letras»⁷⁸, los discursos cumplieran su función última de transmitir una ideología legitimadora de una sociedad sin contradicciones y diversidades internas. En este contexto, los académicos, dedicados a descubrir pasados pacíficos y literaturas magnificentes, asumieron su condición de máximos representantes de la cultura del Estado. De hecho, en aquellos momentos de la España Fin-de-Siglo en que el dramático presente de «esta madre querida, viuda de su antiguo poderío, llora la ruina de su patrimonio y eclipse de sus glorias»⁷⁹, se filtró en el gran almacén de realidades ocultas de la Academia; su posición de clase de quienes «ha sido otorgado el don de ejercer funciones sociales directivas»⁸⁰, les hizo reclamar para la de la Historia el papel que debía desempeñar en la educación del pueblo:

Este carácter aristocrático de la Historia no se compadece ya con el espíritu democrático de los tiempos modernos. El estado actual de la sociedad, trabajada por las reivindicaciones de las clases pobres, el cambio incesante de las instituciones políticas, la difusión de la lectura por medio de la Prensa, los adelantos y descubrimientos de las ciencias positivas, todo obliga á variar de rumbo: la Historia también tiene que democratizarse, en el sentido de bajar el tono de sus narraciones, la dirección de sus estudios, el destino de sus obras y la tendencia de sus investigaciones. Esta misma casa, donde durante más de un siglo se han acumulado tantos tesoros de erudición en trabajos y documentos preciosos, verdadero alcázar de señorial, morada de ilustres próceres,

⁷⁸ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, «Contestación», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Eduardo de Hinojosa y Naveros, el día 10 de Marzo de 1889, o.c.*, p. 71.

⁷⁹ Manuel PÉREZ VILLAMIL, *o.c.*, p. 5.

⁸⁰ Palabras de Manuel SALÉS Y FERRÉ, pronunciadas en su *Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, leído el 28 de abril de 1907*, Cf. por Rafael JEREZ, *La introducción de la sociología en España. Manuel Sales y Ferré: una experiencia truncada*, Madrid, Ayuso, 1980, p. 34. Este discurso, intitulado «Nuevos fundamentos de la Moral», lo he citado aquí como ejemplo de un clima de opinión común a todas las Academias. Para él, la norma de conducta que debían seguir los académicos de la de Morales, tenían mucho que ver con el programa pedagógico que se señalara en la de la Historia: «A saber: trabajar en apropiarnos los modales éticos más perfectos que la sociedad nos ofrece; elevarnos sobre lo peculiar del presente estado social, a la percepción de lo que este estado tiene de común con los pasados, hasta penetrar en la corriente evolucionaria y, desde ésta, fijando la vista en lo futuro, ampliar, concretar o renovar el ideal social e infundirlo en el alma de nuestros contemporáneos por la enseñanza y el ejemplo».



deberá abrir sus puertas y sus joyas al pueblo —no directa y materialmente, porque abiertas están hace tiempo á todo investigador estudioso—, sino reduciendo, con la labor de los doctos, esas barras de oro y de plata á moneda corriente y circulante, para que lleguen estos tesoros a la inteligencia de los menestrales⁸¹.

Lo cierto es que este autoconvencimiento de su misión social y la confianza emocional en el futuro de la historiografía académica, expresada por Antonio Vignau, cuando el 19 de junio de 1898, decía «Tendremos, pues, Archivos y tendremos Historia, y la noción y la dirección del porvenir»⁸², aparece como la manifestación final de una *invención*, la singular realidad del imaginario académico construido, durante el Ochocientos, a la par que se configuraba el Estado liberal en su formulación moderada. Creada alrededor de las tumbas de aquellos sabios epónimos que fueron los académicos, la imagen de la *Academia* se ordenó alrededor de un tema central: el de la utilidad social y política. A partir de aquí, además de institucionalizar un discurso oficial dirigido a evitar desviaciones y mantener una cohesión elitista puesta al «servicio de la patria», sus campos de actuación pública y cívica —publicación de colecciones y documentos, elaboración de historias generales de España, control de la enseñanza y de las carreras profesionales de los docentes de historia, legitimación de monumentos, conmemoraciones festivas de las glorias nacionales, etc.—, permitieron el desarrollo de un movimiento de difusión del saber académico que, siendo la traducción de las pasiones y sensibilidades culturales de una clase social restringida, se convirtió en el modelo cultural hegemónico de la sociedad española del siglo XIX. En el camino, la Real Academia de la Historia sirvió de crisol para la cristalización y la construcción de un sistema de relaciones, no sólo culturales, sobre las que se definieron los usos y los hábitos, los símbolos y la ideología de lo que, en definitiva, sería el historiador nacional decimonónico.

⁸¹ *Ibidem*, p. 8. Una primera reflexión sobre el cambio de sensibilidad social entre los intelectuales finiseculares en José María JOVER, «Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo», en Juan Pablo FUSI y Antonio NIÑO (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 28-36.

⁸² Vicente VIGNAU Y BALLESTER, «El Archivo Histórico Nacional», en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del señor D. ---, el 19 de Junio de 1898*, Madrid, Est. Tip. de la Viuda e Hijos de Tello, 1898, p. 37.



El eclipse de las glorias académicas empezará en los años de la transición intersecular, contemporáneamente al advenimiento de la profesión de historiador. Después de todo, en nombre de la *profesionalización*, un grupo de catedráticos de historia serán los encargados de presentar la única alternativa eficaz al mundo de la Academia. Surgidos del espacio universitario, fueron estos funcionarios estatales, que nunca vieron el academicismo como una referencia negativa, quienes asimilaron los ritos y los símbolos disponibles para la construcción de una nueva tradición. Un *imaginario profesional* que, desde entonces y hasta la actualidad, ha sido modelado y asumido como propio por los miembros del «moderno y exclusivo gremio de científicos de la historia»: la comunidad de historiadores universitarios.